



Cárcel de Valdivia

Prison of Valdivia

Grínor Rojo

Universidad de Chile (UCHile), Santiago / Chile

grinorrojo@hotmail.es

<https://orcid.org/0009-0005-0765-6138>

Para Valentina, en esa y en todas

Mis amigos me fueron a dar el aviso a nuestra casa, la que la Valentina y yo alquilábamos en la calle Aníbal Pinto de Valdivia. Los golpistas, que nos habían allanado unos pocos días antes, ahora me andaban buscando y yo debía elegir una de estas dos opciones: o me sumergía en los subterráneos de la clandestinidad o me presentaba en algún retén de policía para que luego me internaran en la cárcel o en un recinto militar. Yo era un joven profesor de universidad que no sólo carecía del entrenamiento mínimo para incorporarme a las actividades clandestinas, sino que hasta entonces (y hasta ahora) jamás había portado (menos aún, usado) un arma, ni de fuego ni ninguna otra clase. De manera que lo hablamos, la Valentina y yo, y quedamos en que ella desmontaría la casa, que se llevaría a los niños a Santiago y que regresaría para ver qué pasaba conmigo. Al cabo de esa conversación, con una manta mapuche al hombro, el 23 de septiembre de 1973, doce días después del golpe de Estado y el mismo día del homicidio de Pablo Neruda, ubiqué la comisaría más próxima a nuestra casa, me entregué a los carabineros y ellos me llevaron a la cárcel.

Era el comienzo de la primavera valdiviana, esa en la que el sol se alterna bellamente con la lluvia varias veces durante un mismo día. He contado en otra parte que, cuando entré en la cárcel, formados para la revista que se hacía antes de la recogida en las celdas, divisé a por

lo menos la mitad de los profesores y la mitad de los estudiantes de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Austral de Chile y, entre los primeros, al filólogo y decano esclarecido, el profesor Guillermo Araya. Estaban (estábamos) todos ahí porque desde la oficina del rector William Thayer y de la de su secretario Hernán Poblete Varas los militares habían recibido listas pormenorizadas con los nombres y direcciones de los académicos y estudiantes subversivos, los considerados como más peligrosos y sobre los cuales se les recomendaba que pusieran el ojo. Y eso sin contar con las innumerables denuncias anónimas, hechas sin dejar huella, desde cualquier teléfono público, las que podían obedecer, y obedecían a menudo, a rencores y *vendettas* personales.

Así fue cómo Guillermo Araya, que era un universitario genuino (le dijo a Thayer una vez que esa precisamente era la diferencia entre ellos, que él era un universitario y Thayer no) y que había sido candidato a rector de la Universidad sin ser electo, lo fue entre las paredes de la cárcel y esta vez por la decisión unánime de otros que eran tan universitarios como él. La universidad se había trasladado entonces a la cárcel y el papel que sus colegas y alumnos, natural y libremente, le habíamos confiado era el de guiarnos. Tanto es así que, según nos enteramos después, el nombre con que los militares bautizaron la “causa” era “Guillermo Araya y otros”.

Durante un mes más o menos los presos políticos convivimos con los presos comunes, lo que, si bien podía ser peligroso (uno de ellos me propuso que, cuando saliéramos, asaltáramos a una señora que vivía sola en las afueras de Valdivia y yo le dije que bueno porque no quería arriesgarme a ser víctima de su represalia), no era malo del todo. Los presos comunes eran expertos en las mil triquiñuelas de la sobrevivencia carcelaria y nos educaron sobre el cómo practicar esas pericias. No comían, por ejemplo, la bazofia de la prisión, sino que se juntaban en el patio, en las que ellos llamaban “carretas”, donde compartían lo poco que les enviaban desde afuera. Cada carreta contaba con un cabecilla, que era el cocinero y el de más experiencia, es decir el que había estado más veces en la cárcel, y que por lo tanto dominaba a la perfección los protocolos de su funcionamiento. Yo y algunos otros de los presos políticos nos dimos cuenta muy pronto de que lo mejor que podíamos hacer era reconocer la existencia de ese *statu quo ante* y solicitar admisión en alguna carreta. Nos sumamos así a los comunes y compartimos con ellos cuanto nuestros familiares y amigos nos hacían llegar desde el exterior, o al menos eso fue lo que hicimos mientras ello fue posible, ya que hubo un período de seca en que se nos privó de ese beneficio.

Durante ese período, los comunes, con lo que ellos tenían, nos libraron del menú terrible de la casa.

Pero la celda era lo peor, por el hacinamiento y sobre todo por la tortura. Recientemente construido, en la isla Teja y próximo a la Universidad, el edificio de la cárcel era uno de esos feos que introdujeron en Chile los arquitectos de los años sesenta y que las autoridades del gobierno de Allende habían pensado para que contuviera a un máximo de cuatrocientos malhechores. Pero éramos a la sazón más de mil. En la celda en que yo estaba, que era para cuatro personas, los residentes éramos ocho o diez: dos o tres comunes y el resto el subdirector de la Escuela Normal de Valdivia, un funcionario público, un par de profesores de la Universidad y dos o tres estudiantes. Los camastros eran cuatro, sin embargo, y en ellos nos acurrucábamos a como daba lugar. Había que dormir con un ojo cerrado y el otro abierto, y con el abierto puesto en los muchachos, quienes por su juventud estaban expuestos a las agresiones sexuales. Todos los de mi celda, menos los comunes y yo (¿por qué yo no?) fueron torturados.

El procedimiento era el siguiente: en algún momento, por lo general durante noche, los gendarmes se llevaban a uno de nosotros. De vuelta, lo recibíamos convertido en una piltrafa humana y contando la misma historia: los torturadores decían buscar información, o al menos eso es lo que declaraban, lo que era un embuste obviamente, porque la información que decían buscar ya la tenían. Las sesiones de tortura eran, en realidad, ejercicios de amedrentamiento y reeducación o – yo no excluyo esta posibilidad en absoluto –, diversiones perversas de mentes desquiciadas. Recientemente la editorial LOM ha publicado un estudio psiquiátrico del doctor Rodrigo Dresdner sobre tres torturadores, Manuel Contreras Sepúlveda, Pedro Espinoza Bravo y Armando Fernández Larios, y sus hallazgos psicopatológicos concuerdan con los datos que retiene mi memoria. En fin, al que llegaba de vuelta a la celda hecho pedazos, los demás lo cuidábamos hasta donde podíamos – lo que no era mucho.

Mientras tanto, y desde alguna de las celdas aledañas, escuchábamos la voz del poeta Jorge Torres Ulloa cantando “Alfonsina y el mar”. Creo que alguien va a tener que escribir alguna vez la historia de los poetas cautivos en la cárcel Valdivia, la de Torres Ulloa, la de Omar Lara, la de Clemente Riedemann, todos ellos figuras imprescindibles en la historia literaria chilena, que fueron y son mis amigos y a los que ahora evoco con admiración y cariño.

Después de unas semanas, en los primeros días de octubre, nos separaron. Nos pusieron a los políticos y a los comunes en celdas diferenciadas, aunque en el patio seguíamos juntos y los políticos comiendo todavía en las carretas. Yo en la carreta de la que el jefe era el peluquero Caruso, conocido también como Fíguro, y que me infligió un corte de pelo como no he vuelto a tener otro igual.

Con todo, el discrimen de los carceleros no había sido un gesto humanitario, porque simultáneamente se paralizaron nuestros contactos con el mundo externo. Cesaron las visitas, no entraron más alimentos y se rigidizaron las reglas de convivencia. Nuestras mujeres, que diariamente formaban las colas de visitantes en la puerta de la cárcel (algunas de ellas campesinas que habían recorrido quien sabe cuántos kilómetros bajo la lluvia para saber sobre sus familiares cautivos), se toparon con una barrera infranqueable. No lo sabían, no lo supimos entonces, pero ahora lo sabemos. La “caravana de la muerte”, la que comandaba el por esas fechas coronel Sergio Arellano Stark y que, como es de público conocimiento, dejó un reguero de noventa y siete muertos a todo lo largo de la geografía chilena, estaba pasando entonces por Valdivia. Después de Puerto Montt, Valdivia fue el segundo de los paraderos de su helicóptero “puma”, los días 3 y 4 de octubre. El saldo: una docena de ejecutados después de una condena emitida por un supuesto “Consejo de Guerra”, entre ellos cuatro estudiantes, dos que conocí y uno porque estuvo en mis clases. Me refiero a Fernando Krause Iturra. Al grupo, Omar Lara, le rindió un homenaje conmovido en uno de sus poemas:

La tarde antes de su muerte
cantaron *La joven guardia, La Internacional,*
la morena,
se despidieron así de nosotros.
Nosotros éramos cuatro filas interminables
esperando que nos encerraran en las celdas.
Arriba, desde las casetas de los incomunicados
cantaron vibrantes y temblorosos
esos versos que el pueblo atesora con fervor.
Y no serán estas líneas que escribo
entre la náusea y el estupor,
las que hagan perdurar la memoria
de Fernando Krause, René Barrientos, el Pepe
y tantos otros
cuyos nombres desconozco.

Pero queden aquí no importa que estos versos
se disuelvan en el viento.

No será este papel el que encienda sus voces (Lara, 1975, p. 66).

No teníamos cómo saber los de adentro que el convidado de piedra era Arellano Stark y que su misión, la que Pinochet le había encomendado personalmente, era (cito textual) la de “uniformar criterios de administración de justicia y acelerar procesos” (Verdugo, 2013). En realidad, la orden de Pinochet era matar, y en Valdivia Arellano Stark la cumplió a cabalidad con los doce asesinatos que por decisión suya se llevaron a cabo en el campo militar de Llancahue. Está documentado que el coronel debía seguir su viaje el día 4 y que por eso adelantó al día 3 el fusilamiento de José Gregorio Liendo, para darse el gusto de asistir.

En noviembre se relajaron las restricciones. Continuamos los políticos en celdas diferentes a las que ocupaban los comunes, pero se extendió el tiempo de nuestra permanencia en el patio, lo que nos permitió respirar aire fresco y hacer un poco de ejercicio, También se autorizaron de nuevo las visitas y la entrada de alimentos. Crecía sin embargo la ansiedad. El episodio de los fusilados había calado hondo en las sensibilidades de los compañeros y nada sabíamos acerca de cuál iba a ser nuestra suerte futura. Las especulaciones abundaban y no para bien. Ellas, y el agotamiento cada vez mayor que provocaba el encierro, incrementaban la angustia. También nos dimos cuenta de que la angustia era un mal que se propaga, que el afectado es uno que contagia a los demás. ¿Teníamos que volvernos contra nosotros mismos? ¿Teníamos que apartar a aquellos que no aguantaban más, a los que el pánico estaba destrozando?

De pronto, nos percatamos de que algunos empezaban a salir. Al parecer, los jefes militares se juntaban los días jueves a examinar los prontuarios de los reos y a decidir a cuáles mantenían en la cárcel y a cuáles trasladaban a otros centros de confinamiento (a alguno de los campos de concentración en el norte del país, por ejemplo). La celda en que yo estaba disminuyó el número de sus alojados. Vi a mis compañeros que se iban, los despedí con emoción, especialmente al subdirector de la Escuela Normal, un hombre de cierta edad al que habían torturado salvajemente y a quien nunca más volví a ver.

Se iban algunos, pero otros continuábamos adentro. Era un goteo pausado. Poco a poco, el grupo inicial se redujo. Mi mujer, que era la que había averiguado que los oficiales se juntaban semanalmente, me

contó que, cuando en esas reuniones saltaba mi nombre, a los oficiales les resultaba demasiado vistoso, que tenían la sensación de haberlo escuchado o leído en algún otro sitio y pensaban que era preferible dejarme guardado un tiempo más.

Pero el día esperado llegó, no me acuerdo de la fecha exacta, pero fue a mediados de diciembre, tres meses después de mi ingreso. Me llevaron entonces a la oficina del oficial a cargo y este, después de advertirme con un dedo en alto que de ahora en adelante debía “portarme bien”, ordenó mi liberación.

Me soltaron en la mitad de la noche, a uno o dos kilómetros del sector residencial de la Teja, cuando había toque de queda desde las ocho de la noche, lo que quería decir que las patrullas militares hubiesen podido meterme un balazo sin hacerme preguntas si es que me hubieran pillado caminando con mi manta mapuche al hombro. No sé como llegué hasta la casa de Álvaro Rivera, quien me llevó en su citroneta a la de Liliana Larrañaga en Valdivia, donde estaba esperándome la Valentina. Apenas me acuerdo de lo que de lo que vi, de lo que hablé, de lo que comí, pero sí me acuerdo de los muchos besos que le di.

Al día siguiente tuvimos que hacer algunos trámites, y la Valentina recuerda que ella tenía que llevarme de la mano. Yo había perdido el sentido de la ubicación, no podía calcular bien los espacios: tuve que aprender de nuevo cómo cruzar una calle.

Dos semanas después nos fuimos de Chile. Pasamos la familia la Navidad en un hotel barato de Buenos Aires, luego seguimos hacia otros destinos y yo no regresé a mi país hasta nueve años después.

Referencias

LARA, O. La tarde antes de su muerte. *In*: LARA, O. *Oh buenas maneras*. La Habana: Casa de Las Américas, 1975. p. 66.

VERDUGO, P. *Los zarpazos del puma: la caravana de la muerte*. Santiago de Chile: Catalonia, 2013.

Recebido em: 04 de maio de 2023.

Aprovado em: 06 de maio de 2023.